



PRECIOS DE SUSCRICION: MADRID, por mes, 6 rs.; PROVINCIAS, trimestre, hacienda la suscripcion directamente, 24 rs. por correo, 30 rs. EXTRAJEIRO, 60 rs. INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO. OFICINAS DEL PERIÓDICO: Centro 4, principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administracion, no bastando anunciar y comunicarlo.

NUSTROS GRABADOS.

EL DORADOR

(CUADRO DE REMBRANDT).

El grabado que hoy publicamos es una reproducción del célebre retrato conocido bajo el título de El dorador, obra del insigne pintor Pablo Rembrandt.

Pablo Rembrandt van Ryn, nació en Leiden en 1636 y murió en 1704. Distinguese por el colorido, por la naturalidad y frescura que da a las carnes, y más que nada por sus admirables efectos de luz. Sus grabados son de extraordinario mérito.

Entre los cuadros más conocidos de Rembrandt citase en primer lugar los que representan a Tobias y en familia, La adonación de los pastores, La desposicion de Sara Juan, Bartolomé, La lección de anatomía y El descendimiento de la Cruz. Nuestro Museo nacional no posee más que un cuadro de Rembrandt, el que representa a La Reina Arlesiana.

El dorador perteneció a la colección de cuadros del marqués de Salazar.

Céntase que Rembrandt era por extremo avaro, llegando su ambición de dinero hasta el punto de sugerirle la idea, que puso en práctica, de hacerse pasar por muerto para que aumentase el valor de sus obras.

NICOLÁS RIENZI

Unicamente desconociendo la historia y olvidando la serie de los grandes acontecimientos humanos ha podido escribirse que al soplo de los bárbaros y ante la espada victoriosa de sus conquistadores murió Roma. No nacen las instituciones para caer arrulladas por el capricho o por la ambición; no mueren los héroes para morir como muere el gusano escondido en el ramaje; no viene a la vida un pueblo, y un pueblo gigante que se llama Roma, para dejar de ser en un solo minuto del tiempo, sepultándose en las cenizas que levante la tromba, el huracán de polvo de los santiguos hijos del Norte. No: Roma no ha inmercido desde el siglo V hasta hoy, siempre ha representado algún papel en la civilización y en el progreso, y Roma puede morir, porque Roma es inmortal, es infinita. Hé aquí la prueba: el siglo XIV con Nicolás Rienzi y Petrarca. Pero la escena ha cambiado y son otros los tiempos. Roma ya no es la Ciudad Eterna, es la ciudad herfana de los Papas; ya no es el Museo de oro y mármoles de Augusto, sino la ruina de cien generaciones; ya no pasan sus pendones de gloria por la anchurosa tierra, sino los girones de su sudario de muerte; ya no reinan en ella ni J. César ni Teodosio el Grande, sino los Visconti, los Papi, los Ordelaffi, los Carrara; ya no resuena la voz de los Griacos por sus siete colinas, sino el silencio de las tumbas y la mudicidion del cielo; ya las Bécantes no perfuman de su rosa sus canchiones, sino que un lastimero quejido se escapa de los labios de la desventurada reina del mundo; ya no ríe con tan hermosa coitividad de encantos, sino que llora, pobre mártir, la agonía de sus quebrantos y de un dolor!!

Si han bollado el manto de púrpura de la angustia diosa, han protecido su casco de oro y su corona de laurel sus mismos Reyes y sus propios padrones; la Santa Sede ha lluido a Avignon, el desconcierto y el desorden presiden todos sus actos, sus instituciones han sido manchadas, injuriado su honor, y si hemos de seguir en este punto a Tomás Fortificion «las lágrimas y la sangre inundan con su torrente de dolor todos los corazones.» Un hombre quiere levantarla en la política, es Nicolás Rienzi; otro hombre quiere levantarla en el arte, es Petrarca. Rienzi, es hijo de un miserable plebeyo, de un oscuro aguador; Petrarca, de un pobre desterado de Florencia; Rienzi, idolatra los recuerdos de la Roma pagana, y sueña con la grandeza de los clásicos; Petrarca; Rienzi es ardiente republicano; Petrarca patriótico insigne y ardoroso; Rienzi, tiene el fanatismo de César y Alejandro; Petrarca, el de Esteban de los Reys y el entusiasmo de Virgilio; Petrarca tiene fija su vida en Laura, la esmorrada Eloisa de Avignon; la Laura de Rienzi es Roma, y a ella solo ama, para sus épicos triunfos; Rienzi sube las gradas del Capitolio entre hurras y banderas de glova, recibiendo la bendición de un pueblo esclavo, y también Petrarca, por uno de esos secretos de la inmortalidad, en un día de Pascua, revestido de púrpura y oro, sube al Capitolio para ceñir en el dorado, entre el ruido de las trompetas y el tremor de las pendones victoriosos. ¡Oh! ¿Cuánta semejanza entre dos tan opuestos tipos de la Historia! ¿Cuánta misteriosa analogía...

¡Qué se proponía! ¿Qué intentaba! Se proponía libertar a Roma de la agresion de los nobles, de la tiranía de los grandes; intentaba dar de los débiles sacudieron el yugo de su servidumbre; se proponía que el derecho se cumpliese y que la justicia no fuera un vano nombre para los pobres; intentaba dar de comer al hambriento, socor-

rer al desgraciado, enjugar las lágrimas del que llora, poner freno al despotismo de los varones, organizar la sociedad, como la sociedad debe organizarse según los eternos ideales de humanas leyes, limpiar de piratas las infestadas costas, de bandidos la Italia, de criminales la Europa; se proponía hacer de las naciones la confederacion universal, e intentaba dar vida al mundo romano, ya casi exánime por el frío de la anarquía y de la muerte.

Nombrose tribuno del pueblo, se sometió al Papa Clemente VI, exigió de Francia, de Alemania, de Polonia, de Italia, absoluta sumision; una Reina, la Liriana Juana de Nápoles, envióle su perdon; Florencia le dió su oro y sus hombres; Venecia sus buques del Adriático; y Petrarca, el gran poeta, le rinde en admiracion y le acita como la esperanza, como el iris de prospera ventura de la decadente Roma. Y hé aquí a Rienzi el árbitro de Europa en un siglo de convulsion y de torbellino.

¡Caece imposible que entre tantas sacudidas hubiera encontrado Italia un hombre probo que intentase regenerarla. Nada más deserruso que la

Juan de Bohemia, «solo los crímenes y la molicie de aquella turbulenta aristocracia pudieron ser «brar de llagas hediondas y de gangrena el hermoso «renero de Italia y de Roma, porque no eran aquellos los trastornos y los vaivenes de una República, eran las horrosas crisis, los presagios funestimos de una destruccion universal.

Rienzi, con la vara mágica de todo gran político, hizo revivir a la Italia entera; dió libertad a todas las ciudades sumidas en el despotismo; con cede derechos de ciudadanía; quiso reunir un congreso en Roma que decida de los destinos nacionales, y proclama la paz y el orden; y comprendiendo que el pueblo romano necesitaba de fiasco y pompa para emanciparse y resucitar a la vida, se puso a dalmáticas de los antiguos emperadores, dió a su frente, no una sino siete coronas de oro y pedrería, y con la vara de la justicia en una mano y en la otra la espada vengadora, se declaró juez de los vivos y de los muertos, y árbitro de Papas y Emperadores.

La nobleza rugió como tormenta asoladora, y armada de coraje y de rabia, apelo a la guerra, es

Rienzi no fué excomulgado, gracias a Petrarca; pero por orden del Pontífice fué encerrado en una torre; sujetaba su cuerpo una pesada cadena de hierro, que solo le permitia moverse hasta llegar a una ventana llena de sol y de flores, desde donde veía el Ródano, precipitando sus espumosas y azules ondas, el suelo de Avignon sembrado de espigas; el espacio surcado por aves que exhibaban en sus gorgos un himno a Dios, y por mariposas de colores, que celebraban fiesta eterna con la esmeralda de los prados y los laureles de los bosques; suplicio horrendo para su espíritu abrojerado en la esclavitud ante la naturaleza toda ensalzada en la libertad.

En mal hora le perdonó el Papa y le nombró senador de Roma, porque al verse libre Rienzi, al pensar que pisaría otra vez su patria y el teatro de su grandeza, sintió en su corazón renacer el ansia de la gloria y el deseo de regenerar la Italia. Y así lo hizo: La poblacion entera, entre gritos y aplausos le esperaba; las banderas se desplegaron en los edificios; una lluvia de coronas de flores cayó sobre su cabeza; las fiestas se sucedieron a las fiestas; los truenos, las aclamaciones, los juegos y la alegría abundaban por do quiera; Rienzi habló desde el Capitolio a todos los romanos, arrebatando con su elocuencia demosthénica a la multitud; pero ¡horror político que le precipitaria más tarde en la ruina! Se presentaba como delegado del Papa, como orador de la Santa Sede, como contestante de los Emperadores, y no como aquel tribuno, iniciador del Cayo Graco, aquel amigo del pueblo, aquel defensor de la democracia que tantos privilegios había arrancado a nobles y reyes, y que tanto había trabajado por el triunfo de la libertad.

Lo Odonata de un lado y de otro los Savelli, tramaron una horrible conjuracion contra el inmortal Rienzi, y el pueblo romano, valedizo y toronado siempre, se dejó alinear por las supercherías de aquellos traidores.

Llegó la mañana del día 8 de Octubre de 1354. La noche de este infuusto día había de difundir sus tinieblas sobre el cadáver de Rienzi, había de arrojar un horror de ignominia eterna sobre su sepulcro y sobre su pueblo. Un motin de forajidos y de criminales invadía intempestivamente el gran tribuno, gritando: «¡Muera el traidor que ha restablecido la gabela, muera!» y Rienzi restido con su armadura de caballero, llevando en una mano la bandera de colores y de paz del pueblo que había inmortalizado dándole derechos y libertad, y haciendo su reiniciendo casco a los rayos del sol naciente, invadido y arrojado como un lecodeimio, se asomó al balcón para calmar aquel ruidoo vocerío; pero en vano; el Capitolio fué incendiado por uno de sus murros, y Rienzi, herido en una mano y atascado a flechazos y pedradas, presagió su fin desahogado.

Solo un recuerdo le quedaba, huir; pero al mismo tiempo quería afrontar la muerte como un héroe de Tacito; ó de Salustio. Decididón a lo primero, se cortó las barbas, pintose el rostro, y despojado de su rica sobrevesta de seda con franjas de oro y pedrería, atravesaba ya por entre el populacho enfurecido sin que le conocieran, cuando un Coloma le descubrió a los ojos de todos. El suplicio fué espantoso: de una estocada le atravesaron el pecho, con el pomo de una espada le rompieron el cráneo, y no contentos con esto, acurrillaron de heridas su cadáver y le suspendieron de una horca, ¡oh, ignominia! con la cabeza hacia abajo.

¡Así terminó sus días aquel insigne! ¿Qué espacio de tantos años empuñó las riendas del Estado italiano; de esta manera el pueblo destruyó uno de sus defensores más acérrimos, uno de sus más queridos ángeles tutelares.

Que Rienzi tuvo errores y debilidades. Era hombre y por tanto no estaba exento de las pequeñas humanas. Ciertamente que en su historia hay algunos mártires sacrificados por su idea. Arnaldo de Montreuil, Pandolfino de Guido, fray Moriale lo demuestran. Ciertamente que se dejó arrastrar en ocasiones por la ambición, pero por esa ambición poderosa de César y de Alejandro que aspiraba a re-



El Dorador (Cuadro de Rembrandt).

Italia del siglo XIV antes del gran Rienzi. Toda ella estaba dividida, descuartizada, sembrando los despojos de un pueblo devorado por tigres y chacales. Edda estaba en poder unas veces de los glabulos partidarios del Emperador, otras veces de los guelfos partidarios de los Papas, ya caía en manos de los Visconti ó de los Scaligeros.

Verona, Milan, Placencia, Brescia, Novara, todas las regiones de la Lombardia se desquiciaban en espantoso incendio; Génova, a pesar de nombrar supremo magistrado al inmortal Simon de Boccanegra, no obstante su batallar por la paz y por la concordia, muerta de hambre, atascada de cadáveres que proclaman pestilencioso, era la víctima de la nobleza y de los Papas; una ciudad, Bolonia, fue vendida miserablemente por 12.000 florines anuales, y sus habitantes reducidos a la servidumbre; en Favis estaba la guerra entre los nobles; y no obstante el heroísmo del caballero Jacobo de los Busolari, pobre ermitaño que tenía fanatismo por la santa libertad, fué presa de la agonía y de la muerte, y como decía muy bien Petrarca al débil Carlos de Luxembourg, hijo de





